



O También: la Política Exterior Tiene que Ser así, así y asá...

“Chile: Una Política Exterior Para la Democracia”

•14 temas, más una introducción y una conclusión, constituyen el resultado palpable pero no siempre tangible de los 16 autores, orientados con fervor a trazar las líneas de la política exterior.

El cuento de la señora que iba con un canasto de huevos en dirección a la feria, donde pensaba venderlos, es de sobra conocido.

A medio camino, la dama pensó que vendiendo la mitad podía poner un criadero más grande y ampliar los negocios, con ganancias mayores. Si lograba poner en el mercado la otra mitad -reflexionó luego- el escenario sería aún más grato: la rentabilidad haría posible comprar también la producción de otros criaderos y extender las operaciones en una zona mucho más amplia.

Apenas llegara a eso, determinó, se compraría los planetas avícolas del vecino, ahora su compedidor, ampliando aún más las operaciones.

Y luego... etc.

En eso estaba cuando tropezó, la canasta se fue al suelo y los huevos se quebraron.

Este cuento, que en distintas versiones y estilos es conocido hasta por los niños, a quienes se les narra para que aprendan a distinguir la distancia que media entre el resultado final ideal de un proyecto y su realización práctica, es, al parecer, ignoto para los distinguidos académicos que en número de 16 colaboraron en la confección del libro “Chile: Política Exterior Para la Democracia”, editado por Hernando Muñoz con el auspicio de Propep (“Programa de seguimiento de las políticas exteriores de América Latina”), de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, y de Nial (“Programa de estudios conjuntos sobre relaciones internacionales de América Latina”).

Hacemos este comentario no como un modo de prejuzgar negativamente la obra en su totalidad, repleta de aportes en las distintas temáticas que tratan sus autores, sino como una manera de manifestar nuestra preocupación por el hecho de que tan ilustres traductores de materias políticas, económicas e internacionales se solacen no pocas veces con un modo de razonar no muy diferente al de la vieja del cuento.

Esta tendencia se refleja particularmente en las temáticas de política internacional dilucidadas en la obra, en las cuales hay, por los logros reales o ilusorios del pasado, una dosis de respeto y estimación que, ponderada a la luz de otros trabajos sobre la materia (“Ayuda Económica, Política Exterior y Política de Defensa en Chile, 1943-1983” de Emilio Meneses), resulta a lo menos exagerada, y por cierto una burla digna de ser descubierta una política de intercambio para el próximo decenio, aunque sólo se la tome a guisa de “reflexión”.

En verdad, no sólo muchos



jueces acota de ese pasado sino el lenguaje mismo a cuya luz se le codifica podría resultar de un alemán irrealismo, y una muestra clara de que -entre sectores intelectuales del centro y la centro izquierda chilena- continúan apegados a esquemas que no son funcionales ahora, tampoco lo fueron en el pasado y jamás lo serán en el futuro.

Con esa base y ese lenguaje, parte importante de los ensayos caen en el viejo vicio del voluntarismo teórico, el cual, en la época de la Upe, un observador del ámbito universitario bautizó como el “asialismo”, o sea, la tendencia a intentar que en el mundo las cosas deban ser “así, así y así”, de acuerdo al gusto del intérprete.

Cierto sustento contemporáneo ha llevado a la popularización de un último gringo de significación similar: wishful thinking.

Veamos cómo se materializa en la obra.

LA EDAD DE ORO

Cualesquiera sean las objeciones que puedan hacerse a los contenidos del libro, es indudable que la sola consideración del tonelaje considerable de muchos de sus colaboradores hacen interesante su lectura.

En cierto sentido, la lista de autores podría estar incluyendo a más de algún futuro ministro o funcionario de alto nivel de esa democracia que viene.

Veámoslos:

Hernando Muñoz, Gustavo Lagos, Carlos Fortulín, Augusto Varas, Ricardo Ffrench-Davis, Sergio Bitar, Francisco Oregón

Vicuña, Manfred Witzel, Joaquín Fernández, Luis Maier, Juan Somavía, Oscar Pinochet de la Barra, Juan Gabriel Valdés, Alberto Van Kliver, Juan Salazar y Boris Yipo.

Cuanto de esas traducciones en sus fuerzas para el ensayo inicial, titulado “Democracia y Política Exterior de Chile”, encaminado a trazar el desarrollo de la política exterior chilena en el pasado, luego en el régimen de Pinochet para finalmente elevar algunas propuestas.

Parte del ensayo haciendo una afirmación a lo menos discutible, a saber, que una supuesta “continuidad” de dicha política exterior “permite a Chile consolidar (?) sus posiciones externas y desempeñar un papel de importancia en el ámbito regional latinoamericano”, lo cual -sin que se justifique previamente en qué consiste dicha consolidación- se achaca a una temprana institucionalización, la adhesión a “principios básicos de validez universal” y a la generación de un cuerpo de funcionarios de carrera dotados de cierta autonomía relativa.

Se destaca luego la activa participación de Chile en organismos internacionales, manifestado “con especial fuerza en el campo económico, donde Chile contribuyó decisivamente al establecimiento de entidades regionales que irían a desempeñar importantes funciones en el proceso de integración nacional”.

Nada se dice de la estabilidad absoluta de dichas instituciones integradas, y de cómo tales centros regionales, efectivamente inaugurados con gran pompa y circunstancia, terminaron convirtiéndose muchas veces en no más que prestigiosas Bolsas de Pisos.

Similar traducción eufemística de la realidad se hace notar en otras apreciaciones, como cuando se estipula que en los sesenta “la política exterior adoptó una orientación más activa y creativa, que puso un especial énfasis en el logro de una mayor autonomía con respecto a países como Estados Unidos...”

Los hechos reportados en estudios que hacen menos uso de las palabras y algo más de las cifras, señalan, en cambio, que la tal orientación más “activa” no fue otra cosa que una dependencia total de la ayuda norteamericana, convertida en adicción y en fuente de financiamiento de iniciativas reformistas que desencadenaron fuertes luego incontenibles, y que la “creatividad” no tuvo otra expresión que el hecho de que nuestros discursos fueran aplaudidos por delegaciones norteamericanas en los interminables foros sobre cuestiones que nunca se realizaron ni practicaron, dando como único dividendo la sensación -de serlo no notable- de que éramos un país de moda.

Esta ansiedad por recuperar los prestigios del pasado se hace presente en los “fundamentos de una política exterior” propiciados para la futura democracia, donde los autores insisten en que “se debe reconstruir el prestigio externo otorgado por un régimen democrático de gobierno...” y luego “el fortalecimiento de la capacidad de acción política externa fundado en el derecho internacional que tendría un régimen democrático...”, y todavía

en el no va más del idealismo, afirma que todo aquello -prestigio, derecho internacional, etc.- “abriría el camino a la restauración del poderío bélico... conjugándose entonces los propósitos de paz y seguridad regionales con el interés nacional”.

La utopía del desarme, que suscitó tantos esfuerzos y discursos pios en la era de Jorge Alessandri, emociona todavía hoy, en plena era del industrialismo bélico desenfrenado y casi seguramente irreversible, a quienes sencillamente -el “asialismo” en acción- estipulan que “las viejas disputas y reivindicaciones territoriales dentro de América Latina deben desaparecer completamente sobre la base de soluciones por la vía del derecho y de la integración regional”.

Y luego agregan, por si acaso, que dicha propuesta “no es mera utopía si se considera el acercamiento entre países que habían sido tan hostiles como Francia y Alemania”, afirmación que no toma en cuenta la inmensa diferencia de contexto entre ambas situaciones.

Uno tras otro, los argumentos siguen el encadenamiento de cómo “deben” ser las cosas, sin aportar otra idea de cómo lograrlo que un patético abstracción, interminablemente vacío para de agradecerle amorcillo.

Algunos ejemplos:

“La posición chilena debe favorecer la renovación de la dimensión... el núcleo de una política internacional global debe estar dado por la promoción de un nuevo orden económico... el desbloqueo de las negociaciones económicas internacionales debe ser una meta de la acción internacional... la política exterior hacia América Latina debe partir de la aceptación de distintos tipos de regímenes... el establecimiento de lazos de distinto tipo entre fuerzas y organizaciones sindicales, empresariales, religiosas, políticas y culturales debe ser un proyecto de inserción internacional de cada uno de los sectores que componen las sociedades latinoamericanas.”

Y así, hasta el infinito.

Cabe destacar, sin embargo, en un plano absolutamente diferente, la aportación de Ricardo Ffrench-Davis (“Bases para una estrategia de comercio exterior chilena”), Sergio Bitar (“Chile: Cooperación internacional para la democracia”) y de Oscar Pinochet de la Barra (“Chile y sus vecinos: problemas y oportunidades”), en los que la argumentación sigue sendas cuya especificidad es superior.

En cualquier caso, tanto por sus aciertos como por sus presuntos errores y hasta modificaciones, un libro que vale la pena considerar.

F.V.D.

"Chile, una política exterior para la democracia" [artículo] F. V. D.

AUTORÍA

F.V.D.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Chile, una política exterior para la democracia" [artículo] F. V. D. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile